

APOYOS NORMATIVOS Y COMPETENCIAS PARA LA EMANCIPACIÓN: EL EJEMPLO DE LAS PROSTITUTAS¹

Bajo el Volcán, año 13, número 21, septiembre 2013-febrero 2014

Lilian Mathieu

Directora de Investigaciones en Sociología en el CNRS
lilian.mathieu@ens-lyon.fr

Fecha de recepción: 25 de septiembre de 2013

Fecha de aprobación: 18 de octubre de 2013

RESUMEN

Si la condición de la prostitución aparece como una de las más claras instancias de dominación en nuestras sociedades, los caminos de la emancipación de aquellos que son sus víctimas se revelan contradictorios: desde la desaparición de la sexualidad venal considerada intrínsecamente inadmisibile hasta su total reconocimiento en tanto que oficio. De hecho, las reivindicaciones de los movimientos de “los trabajadores del sexo” se revelan vulnerables frente a la sospecha de la enajenación, mientras que el objetivo de abolición de una actividad se expone al reproche de paternalismo cuando no encuentra el asentimiento de las propias prostitutas. El artículo cuestiona estas concepciones rivales en relación a la emancipación de las prostitutas cuando plantea las condiciones sociales de oposición a su dominación en el centro de la reflexión. Por eso, abre un debate sobre las reflexiones en lo que se refiere a la subjetivación de Foucault y Rancière, y esboza pistas de análisis inspiradas en la sociología de Pierre Bourdieu y, aunque más pragmática, la iniciada por Luc Boltanski.

Palabras clave: prostitución, emancipación, subjetivación, dominación, disposiciones, sociología pragmática.

SUMMARY

If the condition of prostitution manifests itself as one of the clearest instances of domination in our societies, the paths to emancipation offered to those who are its victims prove to be contradictory, ranging as they do from the disappearance of venal sexuality, considered as a practice that is intrinsically inadmissible, to its full-fledged recognition as a trade. In fact, the demands formulated by the movements of “sex

workers” prove to be vulnerable in the face of the presumption of alienation, while the goal of abolishing the practice is open to the charge of paternalism, when it fails to meet with the approval of the prostitutes themselves. The article examines these rival paradigms for the emancipation of prostitutes. The issue of the social conditions which would render possible a questioning of the domination of these paradigms is central to the article’s argument. To do so, it examines the reflection on the process of subjectification we find in the writings of Foucault and Rancière, and it sketches out a number of possible analyzes drawing on the sociology of Bourdieu and that which was initiated by Boltanski.

Key words: prostitution, emancipation, subjectification, domination, dispositions, pragmatic sociology.

Traducción del francés a español (Méx.): Sylvie Boserelle

Corrección técnica y teórica de la traducción: Fernando Matamoros Ponce

En estos últimos años la prostitución ha provocado un debate bastante fuerte, ya que ésta es, a la vez, el objeto de políticas públicas y de movilizaciones reivindicativas. Efectivamente, a partir de los años setenta, en diversos países aparecieron movimientos de prostitutas que exigen el reconocimiento de su actividad como trabajo verdadero –“un trabajo del sexo”– y reivindican la obtención de derechos políticos y sociales, de los cuales están excluidas (Kempadoo & Doezema, 1998; Mathieu, 2001). Una de sus principales expresiones ha sido la creación, en la mitad de los años ochenta, de un Comité internacional para los derechos de las prostitutas (Pheterson, 1989). No obstante, esta dinámica de organización de dichas mujeres, en tanto que sujetos políticos, tuvo que enfrentar una serie de oposiciones, ya que provocó una radicalización defensiva de movimientos que, al contrario, definen a la prostitución como esclavitud a abolir. Estos movimientos, llamados abolicionistas, que disponen de un antiguo acceso a instituciones internacionales y que, desde hace poco, gozan del beneficio del apoyo de algunas corrientes feministas, se fortalecieron al difundir una definición de la prostitución en tanto que violencia sexista, organizada a favor de los clientes y proxenetas y ligada de forma intrínseca a la trata de seres humanos.

La existencia de este movimiento antagonista, portador de reivindicaciones contrarias, no es el único obstáculo a la expresión de la población

prostituta. Lejos de presentarse bajo la forma de un grupo social constituido, esta última se señala por su heterogeneidad y una concurrencia que, cada vez, se revelan más notables. Si nos limitamos al único cuadro de Francia, podemos decir que ha terminado el periodo donde la mayoría de prostitutas eran de nacionalidad francesa. Durante los años setenta, aunque más exactamente en los ochenta y noventa, hemos visto el surgimiento de travestís y transexuales compitiendo con las mujeres; ofreciendo una forma de exotismo sexual a los clientes. También, en estas fechas, las prostitutas “tradicionales”, procedentes de medios humildes, pero socialmente integradas, tuvieron que enfrentar una prostitución de sobrevivencia, ejercida por toxicómanas jóvenes, con condiciones muy precarias, sin ningún respeto por “las normas del oficio”. Por fin, el arribo a las calles de mujeres migrantes, a veces sumisas a redes de proxenetas violentos, exacerbó las relaciones de concurrencia entre prostitutas: a las africanas francófonas, llegadas en los años noventa, sucedieron europeas del Este, africanas anglófonas y, en menor proporción, asiáticas. Las relaciones entre estas diferentes categorías se volvieron más tensas debido a la represión provocada por los votos del gobierno en 2003, que tenían el objetivo de “limpiar” las calles de los centros de las ciudades; esta situación hizo que dicha actividad se tornara más difícil, peligrosa y precaria. Investigaciones realizadas en otros países occidentales (Noruega y Estados Unidos, por ejemplo) coinciden con observaciones similares: una heterogeneización creciente del mundo de la prostitución bajo el doble efecto de su precarización y represión (*e.g.* Hoigard & Finstad, 1992; Bernstein, 2007; Weitzer, 2010).

No obstante, el propósito de este artículo no consiste en ofrecer un panorama sociológico de la prostitución, tampoco tomar partido por la forma que ésta es tratada política y socialmente en las políticas recurrentes. Más bien, a través de la luz de tradiciones filosóficas y sociológicas distintas, pero unidas en los intereses de las luchas por la emancipación, este trabajo apunta a examinar los posicionamientos, así como las presuposiciones de estos debates. Efectivamente, debido a que se sitúan en el entrecruzamiento de una multiplicidad de formas brutales o sutiles de opresión, violencia o enajenación contra las personas que encuentran

posibilidades de sobrevivencia en la venta de servicios sexuales, estos casos representan una especie de límite, y a partir de ello es posible pensar no sólo en ciertas expresiones contemporáneas de la dominación, sino también en las modalidades de su crítica y polémica. Debido a que es una especificidad relevante de la condición de prostitución aparecer, de manera evidente, como una de las más dominadas en nuestras sociedades, las formas de su puesta en tela de juicio y de la emancipación de quienes son sus víctimas se revelan contradictorias, tanto desde la desaparición de la sexualidad venal considerada intrínsecamente inadmisibles, como de su total reconocimiento social en igualdades, en lo que se refiere a oficio, en dignidad y derecho, en semejanza a otras actividades profesionales.

¿VOLVERSE SUJETOS?

Resulta muy difícil encontrar en nuestras sociedades una situación más vulnerable y degradada como la que viven las mujeres y hombres prostituidos. Colocadas del lado equivocado de las relaciones de género y estigmatizadas por sus actividades anómalas, las personas prostituidas presentan, efectivamente, un amplio abanico de desventajas sociales y factores de opresión que, en muchos casos, se conjuntan: nacionalidad extranjera, generalmente asociada a una situación migratoria irregular; ausencia de vivienda estable y de protección social; exposición a diversas patologías físicas (en particular las infecciones sexualmente transmisibles) o psíquicas (por ejemplo, trastornos de identidad entre los transexuales); dependencia a tóxicos; sumisión a proxenetas o extorsionistas; exposición a la represión policiaca y agresiones de los clientes; amenazas de expulsión para los sinpapeles, etcétera. Finalmente, en los hechos, la condición de prostitución podría ser, entre todas, una de las más dependientes y dominadas.

Sin embargo, considerar esta condición únicamente en términos de heteronimia y dominación correspondería a hacer una lectura demasiado unilateral. Los sociólogos saben, en particular a partir de los trabajos de Michel de Certeau (1996) o James Scott (2000) y de las advertencias metodológicas de Claude Grignon y Jean-Claude Passeron (1989), que resulta reducido aprehender a los grupos dominados a partir del simple prisma de

su sumisión a un orden de las cosas desfavorables. Por más discreto que sea, incluso clandestino, en los hechos existe un universo de prácticas disidentes o resistentes que parten de la irrisión hacia los poderosos para llegar a una rebelión explícita. Para resumir: un conjunto de las artes de la caza furtiva o de maneras de “arreglárselas” que De Certeau describía como “buenas vueltas del ‘débil’ en el orden establecido por el ‘fuerte’” (De Certeau, 1996: 75). En una obra reciente, Milena Chimienti (2009) ha descrito, en términos de *actuar flojo*, los acondicionamientos existenciales, microestrategias y microrresistencias, márgenes de maniobra y zonas de autonomía mínima de las prostitutas migrantes, susceptibles de tener la posibilidad de asumirse, de acomodarse a su propio condicionamiento, incluso, a más largo plazo, de mejorar su condición.

Pero insistiremos, de manera explícita y atenta, en las repetidas tentativas de movilización colectiva de las prostitutas en Francia, en particular, hacia mediados de los años setenta. Aunque improbables (debido a carecer las prostitutas de recursos políticos y de tradición de lucha), si bien tuvieron existencias precarias y resultados limitados, estos intentos contestatarios manifiestan una serie de posicionamientos que merecen nuestra atención. En particular, podemos perfeccionarlos a la luz de otros movimientos impulsados por el espíritu antiautoritario de los años 68, de los cuales Michel Foucault se había propuesto circunscribir los más importantes posicionamientos (Foucault s/f). Para él, se trataba globalmente de partir de formas de resistencia en el poder para iluminar éste por otro medio que el de su racionalidad interna; “consiste en analizar relaciones de poder a través del antagonismo de estrategias” (Foucault, s/f: 6).

Entre los distintivos rasgos de esas luchas (señala de forma explícita las protestas en favor de mujeres, niños, enfermos y locos), Foucault insiste, en particular, sobre los posicionamientos identitarios. Tendrían en común la resistencia a una imposición identitaria dirigida en nombre de un saber especializado (de la medicina o psiquiatría, por ejemplo) con el propósito de asignar a los individuos una categoría, con el fin de realzar una identidad alternativa, en particular, por medio de la afirmación de un “derecho a ser diferentes” (Foucault s/f: 6). En otros términos, lo que distinguiría esas luchas que analiza Foucault, de otras, anteriores o alternativas, que

se oponen a la dominación o a la explotación, sería su enfrentamiento a una forma específica del poder que “emerge en nuestra vida cotidiana, categoriza al individuo, lo marca por su propia individualidad, lo une a su propia identidad, le impone una ley de verdad que él tiene que reconocer y al mismo tiempo otros deben reconocer en él” (Foucault s/f: 7). Este poder tiene relación con la sujeción, con la transformación del individuo en sujeto, entendida en el doble sentido de sumisión a un control, y a una dependencia, y de apego a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo. Por lo tanto, la apuesta, para cualquier proyecto de emancipación, es dejar de adherir a la identidad a la cual el poder nos sujeta, resistir a la subjetividad con la cual nos dirigen, para, por el contrario, promover otras identidades, otras definiciones de sí, otras subjetividades, a distancia o en oposición a las impuestas e inculcadas por el poder. Para decirlo de forma algo esquemática, se trata de oponer a la “falsa” subjetividad, impuesta por las ventajas del poder, una subjetividad auténtica o emancipada, elaborada de manera totalmente autónoma.

Este ejercicio del poder por medio de la imposición o control de las subjetividades plantea, de manera original, la cuestión del individuo, puesto que se trata de una sujeción individualizada (en el sentido de adaptarse a las especificidades de cada uno, ya que se basa en un conocimiento íntimo de lo que se es) y de una asignación a categorías colectivas (mujeres, locos, enfermos...), definidas desde el exterior y, en muchos de los casos, legitimadas por la fuerza impositiva de un saber. Plantea, sobre todo de manera implícita, la cuestión de la adhesión a un orden de las cosas desfavorables, ya que la condición del ejercicio del poder no es la sumisión brutal sino el consentimiento: “El poder sólo se ejerce sobre sujetos libres, y sólo en tanto ellos sean libres” (Foucault s/f: 16). Según ese enfoque, la teoría foucaultiana del poder, probablemente debería ser comparada a la de la violencia simbólica de Bourdieu y Passeron (1970) —aún más efectiva cuando es mal apreciada como tal, a la vez que reconocida en tanto que es legitimada por quienes somete.

Las movilizaciones de las prostitutas tienen correspondencia cercana al retrato hecho por Foucault de las luchas de resistencia contra la sujeción. Se trata de movimientos que reivindican un “derecho a la diferencia”: contra la

estigmatización del comercio del sexo; la apuesta consiste en afirmar, si bien no un orgullo identitario, por lo menos, una forma de dignidad establecida *a mínima* en la comuna humanidad. Aquí también se afirma una resistencia contra los veredictos sociales que se apoyan en una forma de peritaje; en estos casos, generalmente, inspirados en la psicología o criminología. Generalmente, las prostitutas son consideradas seres psicológicamente deficientes (debido a traumas ligados al abuso sexual, a la carencia afectiva, a la sumisión a la brutal fuerza de los proxenetas); son observadas con la paradójica doble cara: la de delincuente (por ejercer la provocación, alterar el orden público y por los cruces ilegales de fronteras); y también la de víctima (de proxenetas más o menos mafiosos, de la violencia de clientes brutales).² Estas concepciones dominantes –en el sentido de que inspiran, en particular, a las políticas públicas–, acerca de cómo son las prostitutas, desde luego, son temporalmente fluctuantes: si la teoría de la prostituta, elaborada por Lombroso, a finales del siglo XIX, es hoy considerada delirante, el periodo reciente no se decide entre representaciones compasivas (proteger a las prostitutas de su propia psique desfalleciente o de las exacciones de los clientes y rufianes) y criminalizantes (a través de la represión cotidiana en los espacios públicos y de la inmigración irregular).³ Estas concepciones, sin embargo, tienen en común que se afirman como discurso de autoridad, bajo las condiciones de señalar a las prostitutas quiénes son y quiénes deberían ser.

A la pregunta “¿quiénes somos?”, que Foucault coloca en el centro de las luchas que evoca (Foucault, s/f: 7), las movilizaciones de las prostitutas se proponen contestar rechazando los diferentes discursos expertos, cuyos autores les ordenan aceptar y, según los cuales, ellas son un objeto. Frente a ese diagnóstico de inadaptación social y carencia psicológica, oponen un rechazo a la estigmatización condeciente y la afirmación de su normalidad.⁴ Frente a las sospechas de manipulación por parte de los proxenetas replican, por medio de la denuncia de su exclusión, el derecho común en materia sanitaria, social o judicial, y pretenden resistir a la represión policiaca invocando el pleno estatuto de ciudadanas; preocupadas por la salud y el orden público, pero también exigiendo su completa integración social. Es significativo el hecho de que, en estos últimos años, sus movilizaciones, en varias ocasiones, hayan tomado la forma de perturbaciones de coloquios

de organizaciones favorables a la abolición de la prostitución. Cada vez más se trata de enfrentar un adversario que pretende entregar (sobre ellas, pero sin ellas) un descalificante informe de peritos. El título de un coloquio denominaba a las prostitutas “pueblo del abismo”;⁵ esta violencia ha dejado huellas profundas entre distintos grupos de estas mujeres. En pocas palabras, las luchas de las prostitutas, con sus pretensiones de definir su propia identidad (trabajadoras del sexo) y sus necesidades (de reconocimiento) y por su resistencia a las devaluadas definiciones, impuestas por el exterior, se vinculan, también, con una “lucha por una nueva subjetividad” (Foucault, 2001: 8). Responden al objetivo que proponía Foucault: no “de descubrir qué somos sino rehusarnos a lo que somos. Debemos imaginarnos y construir lo que podríamos ser” (Foucault, s/f: 11).

Esta problemática de la competencia de las subjetivaciones, aunque nos aclare qué está en juego en luchas como las de las prostitutas, no deja de plantear un conjunto de problemas. El texto de Foucault es contemporáneo de su curso en el Colegio de France y está dedicado a la hermenéutica del sujeto, y aún más: a los ejercicios, por medio de los cuales se debía cultivar, entre los griegos, el cuidado a sí mismo, permitiendo así alcanzar la verdad y constituirse en sujeto moral (Foucault, 1996). Ahora bien, sabemos que, en la sociedad griega, tales ejercicios, ni en sueño, estaban abiertos a todos: las mujeres y los esclavos estaban excluidos. Por lo tanto, descuidada por Foucault, se plantea la cuestión de los recursos y apoyos sociales que permiten a los individuos tener acceso a una subjetividad no sojuzgada. De manera solidaria, se proyecta la definición de una subjetividad “auténtica”, es decir (para emplear un vocabulario que no es el de Foucault): la eventualidad de la enajenación⁶: ¿A partir de qué criterios podemos juzgar el éxito, o el fracaso, de los ejercicios de subjetivación? Los debates contemporáneos en relación con el estatuto de la actividad prostitucional presentan una ilustración algo depurada, como lo hacen las movilizaciones de prostitutas. ¿Reivindicar el total reconocimiento de un estatuto de trabajadora del sexo contribuiría a producir una nueva subjetividad exenta del poder; o es, por el contrario, y como lo afirman los defensores de la abolición de la prostitución, el colmo de la enajenación, una forma de adhesión a una identidad entre las más determinadas y dependientes que puedan existir? Sabemos que hay una plétora de

argumentos para apoyar cada una de estas posiciones y no nos atreveremos a zanjarse.⁷ Efectivamente, lo que está en juego es otro problema; en este caso, se trata de subrayar que el acceso a una subjetividad emancipada no se da de golpe, pero requiere la reunión de ciertas condiciones sociales y su definición permanece como una apuesta de lucha.

Agregaremos que la dificultad no se reconoce en el único pensamiento de Foucault y que, aun cuando haya diferencias, la teoría de la subjetivación de Jacques Rancière presenta analogías y lleva a las mismas dudas o interrogaciones. Según piensa Rancière, la subjetivación es el proceso por el cual los individuos rechazan “una identidad impuesta por otro, establecida por la lógica policiaca” (Rancière, 2007: 70)⁸ para darse una nueva identidad, por cierto “imposible” (ibíd.: 68), pero portadora de un “estar-juntos” (ibíd.: 71) orientado hacia la igualdad: “La subjetivación política es la puesta en acto de la igualdad –o el tratamiento de una culpa– por las personas que están juntas” (ibíd.: 68). También aquí el esquema es el que va del rechazo de una identidad previa, políticamente estéril o sujeta, hacia una identidad portadora de emancipación, en particular, es una aportación de Rancière, ya que está marcada por el sello de lo colectivo.

El límite intelectual y político de este acercamiento lo marca el modelo marxista, y luego leninista, de la toma de conciencia: el paso de la *clase en sí* a la *clase para sí* se realiza por medio de la toma de conciencia de los intereses comunes de los dominados, y por su movilización colectiva. Pero, cualquier pensamiento que plantea la emancipación, y que se apoya en este tipo de concepción, se enfrenta a la misma dificultad: ¿quién será el garante de la toma de conciencia? En otros términos, ¿qué define una subjetividad auténtica, cómo reconocerla y con qué vara hay que medirla? Sabemos que, desde este punto de vista, la teoría leninista de vanguardia ha legitimado la dependencia del proletariado hacia los intelectuales revolucionarios, mientras que los acercamientos a la “concientización”, a pesar de su confianza en la capacidad de los “oprimidos” a encontrar en ellos mismos y por ellos mismos los caminos hacia su “liberación”, nunca han dejado de recurrir a educadores a cargo del control de la validez de aquello de lo que había que tomar conciencia.⁹

LA DISPUTA EN PRÁCTICA

Aquí también se examina la legitimidad y pertinencia de las luchas de las prostitutas, pero a partir de un análisis diferente, el de la sociología pragmática, y mostrando interés en las formas prácticas de sus acciones de protesta. La sociología pragmática se ha desarrollado en Francia, siguiendo los trabajos de Luc Boltanski y Laurent Thévenot (1991), en proximidad con el interaccionismo simbólico y la etnometodología, los cuales se apoyan siempre en los recursos de la filosofía. A semejanza del interaccionismo y la etnometodología, la sociología pragmática se enfoca en las modalidades prácticas del cumplimiento de una acción en una situación, interesándose en particular en “el equipamiento mental y gestual de las personas, y en la dinámica de ajustarse entre ellas y/o con las cosas” (Corcuff, 2005: 105). Los recursos son solicitados para establecer las “reglas gramaticales” a las cuales debe obedecer una acción dada para ajustarse a la situación (por ejemplo, la filosofía de Lévinas, que permite describir las situaciones marcadas por la compasión) (*cf.*, Corcuff, 2005: 108).

Tal procedimiento sociológico resulta particularmente útil para dar cuenta de la evolución concreta de los movimientos sociales. En efecto, y contrariamente a lo que nos dejan entender algunas representaciones de sentido común, que persisten en ver únicamente en las movilizaciones colectivas accesos de descontento más o menos espontáneos e irracionales, la “forma” movimiento social es socialmente codificada y se cumple en función de modalidades convenidas —es lo que los sociólogos pragmáticos señalan como reglas gramaticales—. La aportación del concepto de repertorio de la acción colectiva, dada por el sociólogo e historiador Charles Tilly, consiste en haber subrayado que el lograr una movilización depende, en gran parte, del dominio práctico de un conjunto, más o menos extendido, según los grupos y los periodos, de formas de expresión pública de los descontentos (marcha, huelga, ocupación, secuestro, huelga de hambre...) (Tilly, 1984). El carácter convenido de estas formas de acción no impide, mucho más de lo que se supone, una parte de improvisación y apropiación; y el modelo de inspiración es, en Tilly, el jazz o la *commedia dell'arte*, en donde cada banda improvisa a partir de una frase musical o de un acto

teatral común, lo que genera a la vez el toque personal. La misma “forma” manifestación, por ejemplo, dará lugar a “performancias” (término utilizado por Tilly en sus últimas investigaciones) muy diferentes según quien las moviliza: estudiantes, jubilados o militares.

Sociólogos de movimientos sociales inspirados en el pragmatismo y en el interaccionismo, como Daniel Cefaï y Danny Trom, han tomado direcciones de análisis que se acercan y prolongan las de Tilly. Es el caso de D. Trom cuando propone (también él) aprehender la movilización en términos de “performancia”, es decir, como la realización en contexto de una acción compleja: “Una performancia se relaciona con el género ‘movilización’ cuando incluye el trabajo de elaboración política de un colectivo y no únicamente la coordinación de varias personas” (Trom, 2001: 107). El concepto de gramática es activado por este mismo autor para señalar que las movilizaciones deben inscribirse en un orden de motivo específico, activando un sentido de lo justo y refiriendo a un bien común, con lo cual se expresa prácticamente su dimensión normativa. Con un pensamiento cercano, Daniel Cefaï señala que la expresión de quejas debe plegarse a una *gramática de la vida pública*, que se expresa en particular con una dramaturgia y retórica específicas, para poder ser recibida como legítima. Modelo de la capacidad y cuadros de la experiencia, en tales casos se encuentran articulados para dar cuenta de las capacidades de los actores de “producir acciones prácticas y formular enunciados coherentes y pertinentes y, sobre el fundamento de las obligaciones de publicidad, de improvisar, orientarse e intervenir en los asuntos públicos” (Cefaï, 2001: 78). Tal acercamiento es probablemente tachado de intelectualismo cuando presupone que la fuerza de convicción y de afiliación en una movilización, de una argumentación, depende de su coherencia y pertinencia; pero no subraya, sin embargo, un dato importante, que es el de la *recepción* de las argumentaciones polémicas por un “público” más o menos especificado e identificado.

Como vemos, la exposición pública de reivindicaciones no se incita por sí sola. Para existir, no sólo de manera audible y legítima, sino también para ser identificable, debe colarse en formas de acción y formatos de discursos socialmente convenidos –en pocas palabras, y para utilizar un vocabulario

que en esta ocasión pertenece al interaccionismo, existen *condiciones de felicidad* (Goffman, 1981) de la protesta-. Las movilizaciones de las prostitutas dan prueba de estas exigencias, aunque en muchas ocasiones en su contra, demostrando, a pesar suyo, la dificultad a responder sobre las problemáticas. Así, en agosto de 1972, dichas mujeres, en Lyon, decidieron movilizarse en contra del cierre de los hoteles de paso por la policía. Dispusieron organizar una manifestación en las calles, lo cual, en Francia, significa la forma más evidente de protesta colectiva y pública. Esto resultó un enorme fracaso. Como máximo, sólo treinta de ellas llegaron a la hora prevista, al lugar acordado, para arrancar la manifestación que nunca se realizó, frente a las miradas burlonas de un gentío de mirones. Su inexperiencia –es decir, la ausencia de un repertorio de acción colectiva– les hizo ignorar que, a pesar de su aparente accesibilidad, la concretización y el éxito de cualquier manifestación política y social dependen de la reunión de algunas condiciones indispensables, como la aceptación de vocear públicamente el estatuto por el cual se pretende elevar protestas. En tanto que la marcha implicaba exponerse frente a las miradas, resultó ser una forma de acción demasiado arriesgada para la mayor parte de las prostitutas. Preocupadas por su anonimato, prefirieron renunciar a la participación pública. Desprovista de elementos dramáticos (efectivos significativos, carteles y banderolas, escansión de *slogans*, servicio de orden...) que hacen la diferencia entre las “verdaderas” manifestaciones y las agrupaciones informales; percibida como ilegítima e irrisoria, esta manifestación abortada muestra, con su fracaso, que cualquier otra presupone una forma mínima de dominio práctico, cuya desigual distribución social participa en la dominación política de los grupos que, a semejanza de las prostitutas, son los más privados.

Por cierto, después de dotarse de un repertorio de acción colectiva, el cual hoy dominan, las prostitutas supieron dotarse de un conjunto estabilizado de formas de acción pública. En parte, este repertorio se nutrió de préstamos. Por ejemplo, el caso de la ocupación de iglesias, utilizado en Lyon y luego en otras ciudades en 1975 (y retomado en Londres en 1982), y que se vincula con el modo de acción privilegiado de los “sin papeles”, para ser regularizados en los años setenta. También se constituyó por

adaptación a las especificidades de las prostitutas: si ahora recurren a las agrupaciones públicas (por ejemplo: frente al Senado francés cuando se votó la ley que restablece el delito de provocación pasiva, a finales de 2002) y a las marchas o demostraciones callejeras (como en Lyon, en junio de 2008 y julio de 2010), lo hacen teniendo el cuidado de taparse el rostro, usando máscaras que, aparte de dramatizar el impacto de la marcha, les permite preservar su anonimato. No obstante, ellas no lograron por sí mismas dominar un repertorio de formas de lucha, lo hicieron por medio de alianzas con simpatizantes de su causa y ajenos a su grupo (según lo que estaba en juego y los momentos: militantes abolicionistas, movimientos feministas, asociaciones de lucha contra el SIDA...), quienes, por su parte, tenían experiencia y competencias protestatarias. De hecho –y aquí regresamos a la cuestión de la autonomía planteada al final de la sección precedente–, lo más frecuente es que las prostitutas sólo logran movilizarse bajo la dependencia e influencia de aliados (que no necesariamente comparten su condición en la realidad cotidiana). Precisamos que esto no descalifica sus quejas, pero nos remite a Bourdieu: “hace falta arriesgar la alienación política para escapar de la alienación política” (1988: 189).

La formulación y expresión pública de las reivindicaciones de las prostitutas no por lo anterior son menos importantes, a pesar de mostrar frecuentemente el débil dominio de las formas legítimas de afirmación de sus protestas. La investigación precursora de Luc Boltanski (1984) ha demostrado que la expresión pública de una indignación, para tener credibilidad, ser legítima y merecer apoyo, debe satisfacer una serie de exigencias. Entre estas obligaciones, la ascensión en generalidad por enlace a principios superiores comunes es una de las más decisivas (Boltanski, Thévenot, 1991). Por no haber satisfecho lo que Cefaï denomina una “gramática de la vida pública”, una denuncia indignada asume el riesgo de ser descalificada por singular, egoísta o despreciable y, por lo tanto, conseguir un apoyo más limitado. “Errores de gramática”, incumplimientos a las exigencias de la argumentación política, encontramos en las reivindicaciones de algunos de los movimientos de prostitutas, cuya formulación, a veces, carece de esas exigencias de ascensión en generalidad y las expone a ser remitidas hacia lo singular. Así, en cuanto exigen reconocimiento de la

actividad prostitucional, reservado a las que se conforman con “las leyes de la República” –lo cual, implícitamente, excluye a sus competidoras sin papeles–, las prostitutas movilizadas presentan una concepción del bien común vulnerable frente al reproche de xenofobia y, por consiguiente, enajenan el apoyo de sus simpatizantes apegados a valores antirracistas. Universo precario cuya cohesión es de las más restringidas, el mundo de la prostitución es particularmente expuesto a dejar trasparecer en las posiciones públicas de sus voceros (por lo regular autodesignados), el dominio de las relaciones de competencia y rivalidad que oponen a sus diferentes subgrupos (francesas contra extranjeras, mujeres contra travestís, toxicómanos contra abstinentes, “independientes” contra “prostitutas con padrotes”, etc.).¹⁰ Otra vez se evidencia la dificultad que tienen estas mujeres para legitimar la reivindicación de total reconocimiento de su actividad, apareciendo sus luchas como un bien común incierto.

Por su atención a la “acción que conviene” a las necesidades de coordinación de las personas a un entorno, a un ajuste entre los comportamientos y la situación, a la conformidad de los discursos y conductas con una “gramática”, la sociología pragmática describe un conjunto de esperas que hacen fuerza en los agentes, los cuales no están siempre en condiciones de satisfacerlas. Debemos subrayar que los desajustes prácticos y “errores de gramática” que hemos señalado en las movilizaciones de las prostitutas no son los únicos posibles. Así, las investigaciones de Eric Doidy muestran cómo la conducta de la acción colectiva se expone a pasar de un régimen de acción a otro menos propicio para la obtención del bien común. Es el caso de una acción pacífica que se vuelve violenta, pero también cuando una protesta que apuntaba a una forma de generalidad (como la denuncia del problema de vivienda por medio de la requisición de casas o departamentos vacíos) está en peligro de caer de la compasión a las encarnaciones singulares del desamparo (Doidy, 2007).

Quizá, también, en estas faltas a la acción de lo que conviene se encuentra uno de los aspectos débiles de la sociología pragmática. Sabemos que promueve un modelo de “competencia compartida”, o “modelo de competencias trasversal a todos los actores” (Dodier, 2005: 13). En otros términos, la sociología pragmática presupone *a priori* que los individuos

están dotados de aptitudes y capacidades para producir las diferentes prácticas pertinentes. Por lo tanto, es una concepción universalizada de competencias pragmáticas (consideradas constitutivas del “equipo de base” de los miembros de nuestras sociedades), elaborada por investigadores pertenecientes a dicha corriente. Y esta concepción, precisamente, es la que propone revocar el ejemplo de los “errores de gramática” de las movilizaciones de las prostitutas. Entonces, se impone la necesidad de un cuadro de análisis que circunscriba las modalidades y condiciones de adquisición de diversas competencias pragmáticas, al mismo tiempo que dé cuenta de las desigualdades y diferencias de acceso a los diversos regímenes de práctica que autorizan.

UNA SOCIOGÉNESIS DE LAS COMPETENCIAS REIVINDICATIVAS

La sociología pragmática se enfoca en el presente de la acción –a la vez en sus modalidades concretas de su cumplimiento por un “actuante”– y en su ajuste a un entorno hecho de personas y cosas. Desde este punto de vista se acerca a la tradición interaccionista, poniendo atención en las lógicas de situación que imponen un orden de la interacción a los agentes y construyen sus prácticas (Goffman, 1988). También se acerca, según la opinión de Luc Boltanski, al “programa elaborado por Pierre Bourdieu en el primer trabajo que dedicó al análisis del sentido práctico” (Boltanski, 2008: 22, n. 3).¹¹ Si resulta exacto que la sociología de las prácticas de Bourdieu y, en particular su atención a la parte no reflexiva de la acción, se acerca a algunos de los aspectos de la sociología pragmática,¹² no hay certeza que el sociólogo del Colegio de Francia haya usado los recursos filosóficos a los cuales recurre tal acercamiento. Sobre todo, su planteamiento contrasta con el de los sociólogos pragmáticos por la importancia que le da al pasado de los agentes sociales, en cuyo transcurso han interiorizado un conjunto de disposiciones, esquemas de percepción o *ethos* particulares. En otros términos, cuando la sociología pragmática se desinteresa de la socialización de sus “actuantes”, concebidos como pre-equipados en competencias de la acción, la sociología disposicionalista –tal como la elaboró Bourdieu y como hoy se prolonga, en particular por Bernard Lahire (2004)

y Muriel Darmon (2010)– impone un rodeo por el pasado del dinero, en cuyo transcurso adquirió por socialización el dominio de un conjunto de esquemas generadores de prácticas.

Este pasado del dinero, o más precisamente, la socialización a la cual ha sido expuesto, permite explicar cómo no todos los miembros de una misma sociedad están igualmente en condiciones de involucrarse con éxito en los regímenes de acción. Producir justificaciones convincentes, capaces de poner fin a una controversia, para mantenerse en este régimen, supone la localización y el dominio previos de los diferentes principios superiores comunes, que no son algo dado a la existencia humana, pero que progresivamente han sido adquiridos, por medio del ejemplo o por la práctica.¹³ Las competencias no son algo dado y también están desigualmente distribuidas. No todos los miembros de una sociedad tienen la misma probabilidad de encontrarse en el transcurso de su trayectoria, expuestos a tales situaciones ejemplares o afiliados a estos diferentes órdenes de práctica. Por no haber vivido las mismas socializaciones, ya que no se enfrentaron a las mismas situaciones formadoras ni frecuentaron los mismos sitios de aprendizaje, los miembros de una misma sociedad no disponen de igual aptitud ante el dominio de los diferentes órdenes de práctica y, por lo tanto, se involucran según modalidades diferenciadas.

Todavía más: no todos llegan a enfrentar situaciones sociales propicias a un compromiso con uno u otro régimen de práctica, y tampoco están en condiciones de identificar una situación claramente ligada a la forma de compromiso que requiere. De allí pueden surgir *quid pro quo*, desfases y *meteduras de pata*; tantas situaciones que proporcionaron la felicidad a la sociología goffmaniana, pero también todas las conductas para evitar situaciones percibidas como potencialmente amenazadoras, por ser desconocidas (como la reiterada frase de las clases populares: “no es para nosotros”, frente a prácticas culturales de los privilegiados). Precisamente, Boltanski dirige esta crítica a dicha sociología hace ya casi cuarenta años:

De la misma manera que tiende a descuidar la relación entre las características estructurales de las situaciones que descifra y la posición ocupada en la estructura social por los agentes que incluyen, Goffman no parece preocuparse

del hecho de que cada agente posee [...] oportunidades muy desiguales de encontrar una situación determinada y guarda, en grados muy diversos, los instrumentos propios a dominar los diferentes tipos de situación (Boltanski, 1973: 136).¹⁴

Para regresar a nuestro objeto, tomar en cuenta la socialización es lo que contribuye a explicar no sólo los resultados mitigados de las movilizaciones de las prostitutas, sino también su escasez y fragilidad. La población prostituida está compuesta, en su mayoría, por mujeres (y, en menor proporción, por hombres), procedentes de medios humildes, incluso subproletarios, y la probabilidad de su paso por instancias de socialización a la acción colectiva (organizaciones de juventud, escutismo, sindicalismo estudiantil) es muy limitada. La mayor parte de ellas tiene un nivel escolar bajo y su competencia política es reducida (entendida ésta como “dominio de un principio propiamente político de construcción del espacio político, proviniendo de una de las ideologías manipuladas por agentes del campo político en un momento dado de su funcionamiento”) (Gaxie, 1978: 82). El débil nivel de competencia política de estas mujeres y los efectos del estigma de la prostitución sustentan el sentir de que no hay legitimidad para dar una opinión o tener una posición en el espacio público. A esto se agregan: los riesgos que presentan las personas que ejercen una actividad semiclandestina, en los límites de la legalidad; una exposición pública en calidad de prostituta, y también las posibles exacciones de individuos que gravitan en los bordes de la prostitución como, por ejemplo, proxenetas y policías. La precariedad de las condiciones de existencia y la poca solidaridad y cohesión internas, acaban por hacer del mundo de la prostitución un universo en el cual los fenómenos de rebeldía colectiva se vuelven más que improbables.

La importancia de esos factores se confirma *a contrario* cuando se examinan las trayectorias y características sociales de las prostitutas que se movilizan efectivamente. Ellas presentan un conjunto de propiedades distintivas en relación a lo que son, socialmente hablando, y en correspondencia con la mayoría de sus colegas. Ulla y Bárbara, líderes de la rebeldía de las prostitutas de Lyon en 1975, se caracterizan por tener un nivel es-

colar superior al promedio de sus colegas (Ulla había ido a la universidad, y Bárbara había cursado el bachillerato y una plaza de maestra). A esto se agrega un origen social relativamente favorecido y su paso por el escutismo para la primera, y para la segunda, una participación en Mayo de 1968 (hecho que, según ella, contribuyó mucho a su politización). Además, los perfiles sociológicos de animadoras y animadores de movilizaciones ulteriores señalan personalidades raras en este espacio de relegación social (ejercer la prostitución, poseer capitales escolares, ser procedentes de medios favorecidos, haber vivido sólo una breve integración, o en esferas superiores (*call-girl*, actriz de películas pornográficas...), en el espacio de la prostitución (Mathieu, 2001). De manera creciente se añaden los efectos de género: aun cuando son minoritarios en el mercado del sexo, se observa frecuentemente que son hombres, u hombres por nacimiento, aquellos que encabezan la dirección de las movilizaciones actuales de las prostitutas, y toman la palabra en nombre de una población mayormente femenina.

Sin duda, los promotores de la sociología pragmática siempre han procurado evitar la naturalización de las competencias, al precisar que éstas tienen validez únicamente para nuestras sociedades establecidas sobre un principio de comuna humanidad. No obstante, como ya señalamos, no dejaron de intentar universalizarlas, sólo por no interesarse en la forma en la cual se adquirieron antes de ser actualizadas en la práctica. Al parecer, es posible conservar los aportes de esta sociología, pero bajo la condición de articularla con un acercamiento capaz de dar cuenta de las socializaciones diferenciadas de los individuos y de las desigualdades de aptitud hacia diversos compromisos prácticos. La distinción que propone Lahire (2002) entre *disposiciones* (en el sentido de inclinaciones o aptitudes socialmente adquiridas por ciertas prácticas) y *competencias* (como puesta en ejecución práctica de saberes y tautos especializados) puede ser una de las vías, aún por desbrozar, por medio de las cuales podría operarse semejante articulación entre el pasado de la socialización y el presente de la acción.

El objetivo de este artículo era doble. Por una parte, se trataba de explicitar las presupuestas de posiciones relativas al estatuto social de la prostitución y, por otra, de circunscribir el ámbito de pertinencia de perspectivas filosóficas y sociológicas susceptibles de aclarar los

procesos de emancipación de las personas que la ejercen. En cuanto al primer punto, no se pretendía resolver los debates, muchas veces estériles, entre los partidarios, respectivamente, de la abolición y del reconocimiento de la prostitución. La discusión sobre las perspectivas de Foucault permitió insistir: volverse el verdadero sujeto de su propia existencia no compete a una decisión o diligencia únicamente individual, sino que supone la disponibilidad de apoyos y recursos que sólo la sociedad puede entregar. Estos apoyos y recursos no los tienen esas mujeres y hombres prostituidos y ello les impide actualmente emanciparse de su condición dominada. Mucho más que de políticas represivas (ya sea hacia las prostitutas o sus clientes) o de cruzadas morales (vía la promoción de una u otra concepción de la sexualidad), se trata de las protecciones del Estado social que hoy convendría promover y reforzar para permitir a las prostitutas decidir si prosiguen o dejan su actividad.¹⁵

En cuanto al segundo propósito, nuestra reflexión invita a una clarificación de los sentidos de lo justo y de los principios superiores comunes por medio de los cuales se miden las desigualdades y las dominaciones.¹⁶ Este propósito es el de la sociología pragmática cuando explicita las propuestas de algunos de los análisis críticos, no para relativizar los resultados, sino para transportarlos del dominio de la sociología a este otro, distinto en sus modalidades y embates, del debate político. El ejemplo ha sido dado: contra la tentación –que parece ser la de Foucault y Rancière– de tomar las palabras de los dominados como necesariamente orientadas hacia la emancipación, una explicitación de sus apoyos normativos (en el caso de las prostitutas, concepciones de la autonomía individual, de la sexualidad, de la extensión de la esfera mercantil, etc.) permite plantearlos en tanto son o no constitutivos de un mundo común. Pero –y ese fue el propósito de la tercera parte– este trabajo que procede, a la manera de Alfred Schütz (1989), por teorización, de las teorías prácticas de los actores, no es suficiente en sí mismo. También, debe dotarse de medios para circunscribir los dinanismos sociales de prácticas y tomas de posición, lo que se debe a una socialización particular, así como a la posición tenida dentro de un mundo social diferenciado. No se trata, otra vez, de relativizar el alcance o el sentido de estas prácticas o tomas de posición (en el modo, por ejemplo,

de revelación de intereses escondidos o del dominio de fuerzas ocultas sobre agentes transformados en sus juguetes), sino, otra vez más, de ganar en inteligibilidad y lucidez.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernstein, Elizabeth. 2007. *Temporarily Yours. Intimacy, Authenticity, and the Commerce of Sex*. Chicago: University of Chicago Press.
- Boltanski, Luc. 1973. "Erving Goffman et le temps du soupçon", *Informations sur les sciences sociales*, 12 (3), pp. 127-147.
- _____. 1984. "La dénonciation", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 51, pp. 3-40.
- _____. 2008. "Institutions et critique sociale. Une approche pragmatique de la domination", *Tracés*, hors série, pp. 17-43.
- _____. 2009. *De la critique. Précis de sociologie de l'émancipation*. Paris: Gallimard.
- Bourdieu, Pierre. 1988. *Cosas dichas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Passeron. 1968. "L'examen d'une illusion", *Revue française de sociologie*, n° spécial, vol. IX, pp. 227-253.
- _____. 1970. *La reproduction*. Paris: Minuit.
- Castel, Robert. 2004. *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*; traducción de Jorge Piatigorsky. Buenos Aires: Paidós.
- Cefaï, Daniel. 2001. "Les cadres de l'action collective. Définitions et problèmes", in Daniel Cefaï, Danny Trom (dir.), *Les formes de l'action collective*. Paris: EHESS, coll. Raisons pratiques, pp. 51-97.
- De Certeau, Michel. 1996. *La invención de lo cotidiano, 1. Artes de Hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Chimenti, Milena. 2009. *Prostitution et migration. La dynamique de l'agir faible*. Zurich et Genève: Seismo.
- Corcuff, Philippe. 2005. *Las nuevas sociologías, construcciones de la realidad social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Darmon, M. 2010. *La Socialisation. Domaines et approches*. Paris: Armand Colin (2^e édition).
- Dodier, Nicolas. 2005. "Le laboratoire des cités. L'espace et le mouvement du sens critique", *Annales EHSS*, 1, pp. 7-31.

- Doidy, Éric. 2007. "Le logement décent et l'épreuve de la réquisition", in Magali Boumaza et Philippe Hamman (dir.), *Sociologie des mouvements de précaires*. Paris: L'Harmattan, pp. 79-104.
- Foucault, Michel (s/f). *El sujeto y el poder*, traducción de Santiago Carassale, Angélica Vitale, Biblioteca Libre, Omegalfa. En: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/El%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf>
- _____. 1996. *Hermenéutica del sujeto*. La Plata, Argentina: Editorial Altamira.
- Freire, Paulo. 1970. *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- Gaxie, Daniel. 1978. *Le cens caché*. Paris: Seuil.
- Goffman, Erving. 1975. *Stigmate*. Paris: Minuit.
- _____. 1981. *Façons de parler*. Paris: Minuit.
- _____. 1991. *Los momentos y sus hombres: textos seleccionados y presentados por Yves Winkin / Erving Goffman; traducción de Eloy Fuente Herrero*. Barcelona: Paidós.
- _____. 2002. *L'arrangement des sexes*. Paris: La Dispute.
- Grignon, Claude, Jean-Claude Passeron. 1989. *Le savant et le populaire*. Paris: Gallimard-Seuil-EHESS.
- Haber, Stéphane. 2007. *L'aliénation. Vie sociale et expérience de la dépossession*. Paris: PUF, coll. Actuel Marx confrontations.
- Hoigard, Cecilie, Liv Finstad. 1992. *Backstreets. Prostitution, Money and Love*. Cambridge: Polity Press.
- Jaksic, Milena. 2008. "Figures de la victime de la traite des êtres humains: de la victime idéale à la victime coupable", *Cahiers internationaux de sociologie*, 124, pp. 127-146.
- Kempadoo, Kamala, & Jo Doezema (eds.). 1998., *Global Sex Workers. Rights, Resistance and Redefinition*. London: Routledge.
- Lahire, Bernard. 2004. *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- _____. 2002. *Portraits sociologiques*. Paris: Nathan.
- Mathieu, Lilian. 2001. *Mobilisations de prostituées*. Paris: Belin.
- _____. 2002. "La 'conscientisation' dans le militantisme des années 1970", in Philippe Hamman, Jean-Matthieu Méon, Benoît Verrier (dir.), *Discours savants, discours militants: mélange des genres*. Paris: L'Harmattan, pp. 251-270.
- _____. 2007. *La condition prostituée*. Paris: Textuel.

- _____. 2010. "Les ressorts sociaux de l'indignation militante. L'engagement au sein d'un collectif départemental du Réseau éducation sans frontière". *Sociologie*, 3 (1), pp. 303-318.
- Maugère, Amélie. 2009., *Les politiques de la prostitution, du Moyen âge au XXI^e siècle*. Paris: Dalloz.
- Pheterson, Gail (ed.). 1989. *A Vindication for the Rights of Whores*. Seattle: Seal Press.
- Rancière, Jacques. 1983. *Le philosophe et ses pauvres*. Paris: Fayard.
- _____. 2007. *El Maestro Ignorante/ Cinco Lecciones sobre la Emancipación Intelectual*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- _____. 2007. *En los bordes de lo político*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.
- Schütz, Alfred. 1989. *Le chercheur et le quotidien*. Paris: Méridiens-Klincksieck.
- Scott, James C. 2000, *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.
- Thévenot, Laurent. 1994. "Le régime de familiarité". *Genèses*, n° 17, pp. 72-101.
- Tilly, Charles. 1984. "Les origines du répertoire de l'action collective contemporaine en France et en Grande-Bretagne". *Vingtième siècle*, n° 4, pp. 89-108.
- Trom, Danny. 2001. "Grammaire de la mobilisation et vocabulaires de motifs", in Daniel Cefaï, Danny Trom (dir.), *Les formes de l'action collective*. Paris: EHESS, coll. Raisons pratiques, pp. 99-134.
- Weitzer, Ronald (ed.). 2010. *Sex for Sale. Prostitution, Pornography, and the Sex Industry*. New York: Routledge (2^a ed.).

NOTAS

¹ Una primera versión de este artículo ha sido publicada en *Actuel Marx*, n° 51, 2012.

² Sobre este paradójico símbolo de la prostituta víctima y culpable, cf. Jaksic, 2008.

³ Para un acercamiento histórico de las políticas de la prostitución y de las representaciones que las fundamentan en Francia, véase Maugère, 2009.

⁴ Y eso, a modo de inversión en el estigma, que consiste en transformar un rasgo por lo regular descalificante en un asunto de orgullo, como esas acciones públicas bautizadas "puta *pride*"; véase Goffman, 1975.

⁵ Coloquio organizado por la Fundación Scelles (asociación que considera la prostitución como una esclavitud moderna), organizado en París en 1999.

⁶ Véase Haber (2007) para un debate sobre el destino y la actualidad de esta noción desde Marx.

⁷ Para una presentación y discusión en cuanto a esas posiciones; véase Mathieu, 2007.

⁸ Por otro lado, propone que un “proceso de subjetivación es también un proceso de desidentificación y desclasamiento” (Foucault, s/f: 62).

⁹ Nos referimos en particular a las formas pedagógicas elaboradas por Paolo Freire (1970); sobre este punto, *cf.*, Mathieu (2002). Sin embargo, Rancière sobresale en este debate por la especificidad de su concepción de la articulación entre pedagogía y emancipación; como lo muestran sus obras: *Le philosophe et ses pauvres* (Rancière, 1983) y *El maestro ignorante: cinco lecciones sobre la Emancipación intelectual* (Rancière, 2007).

¹⁰ La actitud de las líderes prostitutas que, al tener otra oportunidad, abandonan la calle para ejercer una actividad menos peligrosa y estigmatizada, también contribuye a fragilizar el estatuto de bien común del reconocimiento del “oficio”, ya que las que tienen la mejor postura para defender esta reivindicación, con su retirada muestran que no están totalmente convencidas de la legitimidad y valor de la actividad que realizan.

¹¹ Convergencias entre la sociología de Bourdieu y la sociología pragmática han sido desde entonces rastreadas por Boltanski en *De la critique* (2009).

¹² Laurent Thévenot ha subrayado que su régimen de familiaridad es cercano a lo que Bourdieu señala como sentido práctico (Thévenot, 1994).

¹³ Así, hemos notado que los militantes de la Red Educación sin Frontera, con frecuencia, relatan haber realizado el aprendizaje del debate público cuando, de niños, asistieron a disputas políticas durante comidas y encuentros familiares; véase Mathieu, 2010.

¹⁴ Sin embargo, aplicar a Goffman este argumento parece algo injusto porque es uno de los representantes del interaccionismo más sensibles a las dimensiones estructurales y, en particular, a una variable tan “cargada” como es la de género, según atestigua especialmente *L'arrangement des sexes* (Goffman, 2002).

¹⁵ En cuanto a este punto de vista, véase Mathieu, 2007 y, de manera más general, las reflexiones de Castel, 2004. Hay que subrayar que, hasta la fecha, las movilizaciones de las prostitutas siguen siendo muy aisladas; si en Francia, asociaciones contra el SIDA (como Act Up) las apoyan activamente, los movimientos feministas,

en su mayoría, les son hostiles y luchan por la abolición de lo que consideran una violencia sexista. También, y de igual forma, el cruce de la carencia en recursos y de la estigmatización frenan la alianza de las prostitutas con “movimientos de pobres” (desempleados, sin-papeles, etc.).

¹⁶ Señalamos que los “sociólogos críticos” no son tan ingenuos como dicen algunos de sus colegas pragmatistas que, frecuentemente, han explicitado los argumentos normativos de sus observaciones y conclusiones; por ejemplo ver el *post-scriptum* a Bourdieu y Passeron (1968:252-253).